

Fray Manuel de Tuya O.P.

Vocación de Mateo y banquete con «pecadores». Mt. 9,9-13 (Mc 2,13-17; Lc 5,27-32)

Los tres sinópticos ponen a continuación de la curación «apologéticas del paralítico la escena de la «vocación» de Mt. Su relato es casi igual en estos tres evangelistas, fuera del versículo introductorio.

LA VOCACIÓN DEL APÓSTOL MATEO

La escena de la vocación de Mt está vinculada por los tres sinópticos a la curación del paralítico. Pues al salir de allí fue camino del mar (Mc). Allí era lugar de predicación, adonde venían las gentes a escucharle y ser curadas. Si Mc pone que se fue «camino del mar, no es sólo una indicación geográfica, sino posiblemente está sugerida por el lugar en que tenía el publicano Mateo su puesto de alcabalero, y con lo que se sitúa la escena de su vocación.

En el puesto de su oficio estaba sentado un tal Mateo (Mt) o Levi (Mc-Lc), hijo de Alfeo (Mc). Cristo, al pasar, lo «vio», se fijó en él, y le dijo imperativamente: «Sígueme».

Sólo el primer evangelista llama a este alcabalero Mateo; Mc-Lc lo llaman «Leví, hijo de Alfeo».

En la antigüedad se sostuvo que Mateo y Levi eran dos personas distintas. Heracleón sostuvo que el apóstol fue Levi y no Mateo. Orígenes, queriendo probar, contra Celso, que Cristo no tuvo publicanos entre sus apóstoles, distingue los dos relatos de Mt y Mc-Lc, haciendo de Mateo y Leví vocaciones y personas distintas.

Sin embargo, la identidad de los dos relatos y el sentir unánime de la tradición, salvo mínimas y prejuiciadas excepciones, prueba sobradamente que se trata en ambos casos de una misma e idéntica persona.

Por otra parte, es bien conocido el hecho de que en esta época podían tener las personas no sólo dos nombres, uno hebreo y otro griego, sino dos nombres hebreos o arameos; v.gr., el doble nombre del sumo sacerdote José-Caifás.

¿Por qué Mt pone su nombre propio y Mc-Lc le ponen Levi? Mc y Le, cuando dan la lista de los doce apóstoles, le nombran con su verdadero nombre de Mateo (Mc 3,18; Lc 6,15), pues es el verdadero nombre que se da a sí mismo el mismo Mateo al poner la lista de los apóstoles: «Y Mateo el publicano» (Mt 10,3). Si éste era el nombre con que se le conocía ordinariamente como publicano, acaso se deba al sentido odioso que tenía este oficio el que Mc-Lc le nombren en su vocación con el nombre de Levi. Al menos ésta es la interpretación que hace San Jerónimo. Sería, pues, un fuerte rasgo de

humildad el nombrarse a sí mismo con el nombre de Mateo.

Mt, a la hora de su vocación, estaba sentado en su telonio. Por eso se le denomina, por el puesto de su oficio, como «publicano» o «telones», cuyo nombre proviene de «impuestos» (télos) y «adquirir, comprar» (onéomai). Así lo denomina abiertamente Lc. En latín pasa con el nombre de «publicanum», de «publicum», el tesoro o erario público.

Aunque sólo Mc dice en este relato que Cristo, saliendo de la casa, se dirigió al mar, toda la escena se ve, por el contexto, que se debe de desarrollar en Cafarnaúm.

Cafarnaúm era un buen puesto aduanero. Personas o sociedades pagaban, anticipadamente, al fisco un impuesto global en tasas, y el fisco romano delegaba en estos contratistas el poder cobrar diversos impuestos públicos. A veces la autoridad fijaba las tasas que podían cobrar los «publicanos». Así se ve en la inscripción de Palmira de 13.7 d.C., pero también se dice que, en tiempos anteriores, los derechos de arriendo no eran tan firmes ni precisos. Para asegurar su anticipada contribución al fisco y cubrir sus riesgos, fijaban ellos, en ocasiones, diversas tasas al público. Y, como delegados de la autoridad, se prestaba su contrata a grandes abusos. Los escritos talmúdicos recogen diversas especies que habían de pagar impuestos paso de puentes y barcas; consumos por la entrada o tránsito de mercancías; aduanas por ciertos artículos de comercio, vestidos, perlas, esclavos... Naturalmente, esto se prestaba a extorsiones y abusos. El Bautista dirá a los publicanos que vienen a preguntarle cómo han de conducirse: «No hagáis [cobréis] más de lo que está establecido» (Lc 3,12.13). Estos arriendos públicos de las tasas podían tener una organización con subalternos. Así, Zaqueo era «jefe de los alcabaleros» (Lc 19,2).

En la estimación popular eran tenidos en desprecio. Incluso en el mundo helenístico gozaban de mala reputación. Luciano dice que «todos los publicanos eran ladrones».

Para el pueblo judío, el publicano era despreciado también por su trato con los gentiles, ya que por su contacto habitual, por causa del comercio con toda clase de gentes, se les hacía ordinario el ser transgresores de las disposiciones «legales» rabínicas; por eso, éstos les calificaban como a gentes «impuras». Pero lo que, sobre todo, les hacía odiosos era el que los consideraban como traidores y cofautores de la opresión romana al pueblo de Dios. Hasta tal punto se les tenía en desprecio, que el Talmud no sólo los asocia a los ladrones por sus extorsiones, sino que también los equipara a los criminales y asesinos, y les veta el que puedan ser testigos válidos en los tribunales.

Cuando Cristo lo llama, Mt estaba sentado en su telonio. Este debía de estar en la vía pública, posiblemente al estilo de los puestos de cambistas que están en la vía pública en Alejandría, El Cairo y Jerusalén, ya que Cristo se fija en él «al pasar» (Mt). La mirada de Cristo en él fue como un proyector de luz que le iluminara el alma. Pues al decirle, como a otros apóstoles,

«sígueme», el publicano se levantó» y, «dejándolo todo» (Lc), le «siguió». Estas palabras de Lc son el mejor comentario a la simple expresión de Mt: «le siguió» definitivamente. Si no, ¿para qué dejar todas las cosas? No fue, pues, un acompañarlo en aquel momento y en aquella circunstancia solamente, como pretendía, v.gr., Weiss y Wellhausen. Además, Mateo tenía ya noticias de Cristo, puesto que, después de los sucesos de Cafarnaúm y de todo el ambiente que corría por Galilea acerca de Cristo taumaturgo, Mateo no podía ignorarlo. Esta obediencia a su «vocación», completa e instantánea, es una prueba de la eficacia de las palabras de Cristo en el orden moral. Este prodigio moral es lo que ha hecho a Mt encuadrar el episodio de su conversión y vocación al apostolado, en estos capítulos de Cristo taumaturgo, como un tipo de prodigio moral que destaca a Cristo en la grandeza del más variado poder sobrenatural.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964, p. 212-217)